

GREGORIO LUPERON Y HAITI

Por Emilio Cordero Michel (A.D.H.)

“Yo tan sólo no me debo a mi Patria, sino a la Humanidad en general y a los hombres que tienden a ilustrarla”. **Luperón**

El tema que abordaré es apenas conocido, polémico en demasía y muy extenso. Por ello trataré, en las páginas que continúan, de desarrollar algunos aspectos que puedan servir para reflexionar sobre él, comenzando por una breve semblanza de Luperón que ayude a comprender mejor su trayectoria vital y política.

Nació Gregorio Luperón en Puerto Plata, República Dominicana, el 8 de septiembre de 1839. Siendo muy joven se opuso a la Anexión a España, realizada en 1861, a espaldas del pueblo, por el general Pedro Santana, caudillo y terrateniente que no creía en la viabilidad de la independencia nacional ni en la capacidad del pueblo dominicano para mantener su soberanía.

En febrero de 1863 participó en el fallido intento de restaurar la República, dirigido por la pequeña burguesía tabaquera y mercantil simple de la región del Cibao. Cuando el 16 de agosto de ese año estalló la guerra restauradora, verdadero proceso revolucionario popular anticolonialista que “galvanizó” el sentimiento nacional, se incorporó a la lucha contra España y los anexionistas nativos y rápidamente demostró sus brillantes cualidades militares. Combatiendo contra las tropas anexionistas (peninsulares, cubanas, puertorriqueñas y dominicanas) se distinguió por su temerario valor y por el correcto empleo de la táctica guerrillera.

Ante la derrota del ejército español y el fracaso del gobierno del Partido Unión Liberal, dirigido por Leopoldo O'Donnell, en las Cortes se planteó el abandono de Santo Domingo, lo que ocurrió a mediados de 1865, con lo que la soberanía dominicana quedó plenamente recuperada. Este triunfo del pueblo dominicano luchando contra el poderío español, no hubiera sido posible sin la fraternal ayuda que le ofreció el presidente haitiano Fabré Geffrard.



Del proceso revolucionario restaurador, Luperón emergió como intransigente nacionalista y propugnador de la integración domínico-haitiana que hiciera posible garantizar la independencia y soberanía de los pueblos que comparten la Isla de Santo Domingo y lograr la emancipación de Cuba y Puerto Rico para juntas las cuatro naciones, oponerse a los designios yankis en el Caribe.

Con la ascensión de Ulises Grant a la presidencia de los Estados Unidos de América, el ya poderoso capitalista norteamericano encontró la oportunidad de anexionar la Isla de Santo Domingo por los manejos antinacionales del presidente dominicano Buenaventura Báez y del haitiano Sylvain Salnave. En ese momento histórico, Luperón se convirtió en un ferviente luchador antianexionista y antiyanki, planteando la imperiosa necesidad de que los pueblos dominicano y haitiano se unieran para combatir a sus entreguistas mandatarios y oponerse a los propósitos de Grant y del secretario de Estado, Hamilton Fish, de expandirse en el ámbito antillano tomando como base a la isla de Santo Domingo para, desde ella, proyectarse sobre Cuba y Puerto Rico, agitadas por los movimientos independentistas iniciados en Yara y Lares.

La Guerra de los Seis Años (1868-1874) liderada por Luperón, que contó con el apoyo del nacionalista haitiano Nissage Saget, no solamente derrotó a Báez y Salnave, sino que impidió que toda la isla se convirtiera en un territorio de la unión norteamericana.

Luperón, además de haber sido un exitoso guerrero, fue también un gran antillanista que vislumbró, antes que los puertorriqueños Ramón Emeterio Betances y Eugenio María de Hostos y del cubano José Martí, que las Antillas solamente podrían evitar ser dominadas por los Estados Unidos de América mediante la integración política dentro de una amplia confederación insular. Fue el precursor del panantillanismo y el primer antimperialista antillano, así como de los ideólogos y organizadores del Partido Azul, grupo que encarnó el nacionalismo y el liberalismo de los sectores sociales dominicanos políticamente más avanzados del siglo XIX.

Aunque de humilde cuna, fue un autodidacta que se pulió y codeó en Europa con Víctor Hugo, Gambetta, Albertini, Abaut, Torres Caicedo, lord Gladstone, la reina



Victoria, lord Granville y la intelectualidad parisina. ya en las postrimerías de la vida y desde el exilio, escribió sus Notas Autobiográficas y Apuntes Históricos, fuente obligada para todo el que quiera investigar el proceso histórico del pueblo dominicano en los últimos cuatro decenios del pasado siglo.

Murió en 1897 sin poder ver plasmados sus sueños liberales, nacionalistas y antillanistas por la voracidad del amenazante imperialismo de los Estados Unidos de América en el Caribe que, con su política expansionista, arrojó a las grandes Antillas y logró que una tras otra -salvo Jamaica, posesión británica desde 1655- cayeron bajo su dominio económico, político, social, militar y cultural en los albores mismos del siglo XX.

Es práctica común de gran parte de nuestros investigadores históricos, esconder o mutilar el pensamiento y la acción revolucionaria, antianexionista, antillanista y antimperialista de Luperón, particularmente el relacionado con la unidad insular contra los Estados Unidos. Y es lógico que así haya ocurrido, debido a los sentimientos antihaitianos existentes en nuestro país y porque a los sectores dominantes de ambas sociedades, así como a los intereses geopolíticos del imperialismo, les ha convenido -y conviene- mantener oculto ese proceso histórico de unidad insular antiyanki, para seguir manteniendo desunidos a ambos pueblos y explotarlos mejor.

Aunque por el lado materno Luperón tenía ascendencia haitiana, en ciertos momentos de su vida manifestó los prejuicios contra Haití que afloraban en el pueblo dominicano por el proceso histórico que le tocó vivir de 1844 a 1861. Fue en su destacada participación durante la Restauración, viendo el amplio y fraternal apoyo que Fabré Geffrard brindó a Cabrera, Monción, Pimentel y Santiago Rodríguez, después del fracaso movimiento de febrero de 1863, y a los gobiernos restauradores de Salcedo, Polanco y Pimentel, luego de Capotillo, cuando Luperón tomó conciencia de la necesidad de la unidad domínico-haitiana para poder lograr la derrota y expulsión del ejército español.

Luperón igualmente se identificó, entre combate y combate, con la política restauradora frente a Haití, sobre



todo cuando, el 24 de enero de 1864, el Gobierno Provisional señaló que, con la Anexión, “(...) España era un peligro y una amenaza para Haití.¹ Cuatro días después incrementó su identificación cuando en el “Manifiesto a los Dominicanos y al Mundo entero”, el Gobierno Provisorio protestó, en nombre del pueblo dominicano, contra el abuso de España que, recurriendo a la fuerza sobre el Gobierno de Haití, “(...) ha impedido que los ciudadanos haitianos tomasen parte en favor de la *causa dominicana, que su misma causa.*”²

Ese manifiesto, conforme a documentos del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de Madrid, fue enviado por Ulises F. Espaillat a Auguste Elie, ministro de Relaciones Exteriores de Haití, con una comunicación en la que le afirmó que la República Dominicana “(...) tenía por objetivo expulsar a la dominación española de la Isla de Haití, desencadenando un proceso de liberación en las otras colonias españolas”.³

Con esta declaración, el gobierno restaurador esbozó, a mediados de 1864, una tímida concepción antillanista casi al mismo tiempo que Geffrard planteaba una confederación antillana, cuatro años antes de que Hostos lo hiciera en España y también con anterioridad a Betances y, desde luego, a José Martí. Con toda probabilidad, Luperón comenzó a preocuparse por la libertad y unidad de la Isla de Santo Domingo, por la liberación de Cuba y Puerto Rico y por el antillanismo y la confederación, bebiendo en las fuentes del Gobierno Provisorio de la Restauración y del presidente haitiano Geffrard.

Más tarde, en junio de 1864, el Gobierno Provisorio propuso al gobierno de Geffrard un Proyecto de Tratado con Haití para lograr la unidad de los dos pueblos contra España; documento que sus considerandos señaló, entre otras cosas: “(...) *que los elementos que componen el pueblo dominicano son idénticos a los de que está formado el pueblo haitiano; (...)* que habiéndose visto en peligro la Independencia de Haití con el mismo acto de la Anexión, (...) de todas las Naciones del Globo es la República de Haití la que está más interesada en el buen éxito de las Armas Dominicanas”.⁴

Con estos antecedentes y, particularmente, con la solicitud que hizo el Gobierno Provisorio al de la



República de Haití, el 8 de julio de 1864, Luperón comenzó a definir su posición co relación a Haití, Cuba y Puerto Rico. En este documento, el gobierno restaurador presionó a Geffrard identificando, “(...) una vez más, la suerte de la revolución en la parte Este con la independencia de Haití y apelaba a la necesidad de una alianza entre los dos pueblos. Hacía una clara oferta: *la confederación de los dos estados*”.

Esta proposición de confederación política domínico-haitiana podría parecer una herejía para muchos compatriotas. Sin embargo, los documentos son fehacientes y se encuentran depositados en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, en Madrid. Además, están confirmados por el mariscal José de la Gándara y Navarro, último capitán general y gobernador de la Colonia Española de Santo Domingo, quien testificó que, en julio de 1864, Bonó fue a Puerto Príncipe y Cabral a Las Caobas y que, junto a otros agentes dominicanos, “esparcían la idea de que el Norte de Haití unido a Santo Domingo, debiera formar una sola república”.⁶

La Gándara ofrece abundante información al respecto, en especial al referirse al Informe del Coronel Francisco Van-Halen, fechado en Montecristi, el 27 de enero de 1865, después de regresar de Haití en misión del gobierno colonial español. Señala que: “(...) la prolongación de la guerra empieza a dar por resultado que *los dominicanos y haitianos pretenden unirse y formar una República independiente*”.⁷

Después de este testimonio, La Gándara reproduce gran parte del Informe y sostiene que, entre las miras políticas del presidente Geffrard estaba conseguir que “cuando la parte española de Santo Domingo vuelva a constituir una República, celebre un tratado con la de Haití que tienda a mancomunar los intereses de sus naturales y a prepararlos a una confederación con un presidente haitiano o dominicano”.⁸

Este Informe de Van-Halen fue remitido por la Gándara al ministro de la Guerra, en Madrid, el 8 de febrero de 1865, con la siguiente anotación: “(...) las divisiones se agudizan entre los partidarios de Haití y los independentistas. Estaban enfrentados los primeros, encabezados por Polanco, y los segundos, a quienes

representaban Monción y Pimentel. Los proyectos eran pactar una confederación y unificar luego los dos estados”.

Puesto que Luperón fue fiel seguidor de Polanco, Bonó y Espaillat y los apoyó en todas las medidas que implantaron desde el derrocamiento de Salcedo, es muy probable que también pensara como ellos y que fuera, a comienzos de 1865, partidario de la confederación dominico-haitiana. Y era lógico que así ocurriera porque en la Restauración -que no fue social y racial en la que se “galvanizó la nacionalidad dominicana”, según expresión de Pedro Henríquez Ureña, y se fraguaron los cimientos que permitirían, mucho más adelante, el surgimiento de la nación como categoría histórica- Luperón fue comprendiendo el significado de su “nacionalismo sin transacciones”¹⁰ y tomando conciencia de la perentoria necesidad de lograr la unidad insular como base de la antillana contra el colonialismo español y el expansionismo de los Estados Unidos.

El “insularismo” de Luperón, si se me permite emplear este adjetivo, surgió, pues, en la guerra restauradora: viviendo y compartiendo los combates, las penurias y las demandas de las masas dominicanas y estrechando lazos fraternales con el presidente Geffrard, quien, según La Gándara, una vez lograda la fusión de las República Dominicana y de Haití, pretendía formar con Cuba y Puerto Rico, cuando no pertenecieran a España, una confederación.¹¹

Como apunté anteriormente, esta idea de la confederación antillana tuvo su precedente en el “Manifiesto del Gobierno Provisorio de la Restauración”, aunque Geffrard y otros militares haitianos la compartieran por razones muy propias de la situación histórica de Haití. Con esos militares Luperón mantuvo estrechos contactos durante la guerra restauradora y los gobiernos de Cabral y del Triunvirato, señaladamente con Alexis Nord, John Lynch, Michel Domingue, Héctor Tanis, Louis Tanis y, especialmente, con Nissage Saget, quien, en opinión de Raiford W. Logan, “era profundamente antiyanki porque el Gobierno de los Estados Unidos no protegió a su país cuando la Alemania de Bismark humilló su soberanía”.¹²



Antiyanquismo de Saget, agregó, que fue incrementado en la medida en que los presidentes Johnson y Grant apoyaron a Salnave para lograr la anexión de Haití o la cesión de la Mole de San Nicolás bajo las más sórdidas amenazas, o agredieron con su poderío naval la soberanía haitiana cuando Luperón navegaba en el “Telégrafo” protegido por la bandera de ese país.

Luperón evidenció, por primera vez, su ideario de unidad domínico-haitiana contra enemigos comunes, siendo miembro del Triunvirato, en enero de 1866, cuando -en ocasión de la rebelión de Monción y Salnave en favor de Báez y contra el Triunvirato- manifestó a Geffrard: “Nuestros pueblos han sido colocados por el Altísimo tan cerca el uno del otro, para que se traten como amigos, y favorezcan a la sombra de la paz sus mutuos intereses”.¹³

Parte de la correspondencia entre Luperón y Geffrard relacionada con el apoyo o la unidad frente a los anexionistas aparece en las primeras sesenta páginas del tomo II de la obra de Rodríguez Objío y de ella he seleccionado algunos párrafos. Geffrard, el 12 de junio de 1866, envió a Luperón, en Puerto Plata, a bordo de la cañonera “Alexandre Pétion” una delegación para ofrecerle ayuda contra los baecistas; ayuda que consistió en 400 carabinas, varios quintales de pólvora y otros tantos de plomo.¹⁴

El 20 de agosto, el ministro de Relaciones Exteriores de Haití envió una nota al Triunvirato en la que le manifestó que el gobierno haitiano consideraba que “(...) el antagonismo que había existido entre el Este y el Oeste de la Isla había cesado. Que debían de buen acuerdo procurar cimentar relaciones para sostener la independencia de la dos Repúblicas y ensanchar sus relaciones de comercio y amistad”.¹⁵

El 24 de octubre, Luperón informó a Geffrard que el Triunvirato había cumplido su misión y él resignado el mando en favor de Cabral. Añadió que no dudaba que el nuevo gobierno se hallaría animado de los mejores deseos de paz y franca y leal amistad hacia Haití, “porque tales son los generales sentimientos de los dominicanos y sus prohombres”.¹⁶

Luego de Salnave derrocar a Geffrard y encontrándose éste exiliado, Luperón le hizo llegar una tierna



comunicación en la que le dijo que: “Ud. representaba en Haití la concordia, la paz y el progreso, y yo veía en Ud. una áncora de salud y de esperanza para poder afianzar la independencia de mi Patria, cortar de raíz el germen de la guerra civil”. Concluyó su misiva vaticinando, con la presidencia de Salnave, muchas calamidades para Haití que en República Dominicana, la indiferencia de Cabral sería la “causa de nuestra propia ruina”.¹⁷

El 2 de mayo de 1868, Buenaventura Báez asumió la presidencia por cuarta vez, en el llamado Régimen de los Seis Años, justo en el momento que, concluida la guerra civil, la economía de los Estados Unidos comenzaba a transformarse en monopolista y el capitalismo yanqui se expandía hacia el Oeste, después del escandaloso despojo hecho a México; justo cuando ya Estados Unidos había firmado un tratado con Rusia para adquirir Alaska y otro con Dinamarca para comprar las Isla Vírgenes, iniciaba su expansión en el Caribe y se había propuesto adueñarse de las Islas de Santo Domingo, Cuba y Puerto Rico. Luperón, buen conocedor de Báez, previó que anexaría el país a Estados Unidos y se fue a Jacmel, ciudad sitiada por las tropas de Salnave, para ayudar a Nissage Sagnet a luchar contra los llamados “piquetes”.

En Haití inició la Guerra de los Seis Años contra Báez y Salnave, al mismo tiempo, porque para él ambos eran “dos tiranos que se han dado la mano para oprimir a nuestras dos repúblicas”.¹⁸

Estando en Jacmel, se presentó al Comité Revolucionario y se ofreció, junto a Cabral y varias decenas de dominicanos, para defender la plaza. Con su experiencia militar convirtió las afueras de la ciudad en un bastión que reforzó “con la llegada de 35 dominicanos expulsos más (...) levantó aún más el espíritu revolucionario de los haitianos y fortaleció las esperanzas de los dominicanos”.¹⁹

El 17 de julio de 1868, lanzó una proclama planteando la unidad dominico-haitiana en los siguientes términos: “Comprendiendo que entre los pueblos libres e independientes de la República Dominicana y de la República de Haití, debe existir una paz inalterable, *por ser dos pueblos hermanos, llamados a vivir en la armonía, y a sostener y defender juntos su independencia y*



libertad, para lo que se hace absolutamente indispensable, que entre ambas haya un acuerdo sincero que los unifique en su política (...) debiendo todo esto fijarse por medio de un Convenio (...).²⁰

Luperón no solamente planteó la hermandad insular y la defensa mancomunada de la independencia y la soberanía de ambos pueblos, sino que para ejecutar el Convenio propuesto nombró a Juan Esteban Aybar, Pedro Valverde y Pedro Alejandrino Pina como comisionados ante el Gobierno Provisorio de Saget para ajustar las bases de un Tratado de Paz y Amistad Dominico-Haitiana que garantizara la Independencia y Libertad de ambos Estados. Este tratado de Paz, Amistad, Comercio, Navegación y Extradición vino a firmarse seis años después, en octubre de 1874, bajo los gobiernos de González y de Michel Domingue.

El 18 de julio le solicitó a su amigo, el general haitiano Lynch, recursos para iniciar la “revolución dominicana” porque consideraba que Báez y Salnave se habían coaligado “para mantener siniestros manejos con algunos Gabinetes extranjeros, dando fundados motivos para sospechar que *un gran peligro amenaza la independencia nacional de las dos Repúblicas*”.²¹ Estando en Kingston, el 21 de julio de 1868, aseguró a Fernando Arturo Meriño que: “tan pronto como Salnave caiga, tendremos a nuestra disposición grandes elementos. Acaso (...) uno o dos vapores”.²²

Días después, el 5 de agosto, al enterarse que Báez había iniciado conversaciones con los Estados Unidos para vender la Bahía de Samaná, a cambio de un millón de dólares en efectivo, 100.000 dólares en armamentos y buques de guerra que apoyaran su gobierno, el prócer hizo pública su famosa “Protesta Ante el Mundo” en la que denunció esa antinacional maniobra y retificó su ideario de unidad insular al aseverar que: “*la venta de Samaná a una potencia extranjera, será un peligro para la independencia de la República Dominicana, al mismo tiempo que lo será también para la República de Haití; sobre todo, cuando estos dos Estados, que ocupan el territorio de la Isla de Santo Domingo, están llamados a*



garantizarse mutuamente en las eventualidades de su política internacional respectiva”.²³

Luperón estaba muy esperanzado con la campaña contra Salnave y el 10 de agosto dio a José Gabriel García las últimas noticias de Haití, en base a informaciones recibidas de Pedro A. Pina, quien combatía junto a las tropas de Saget: “Si la toma de Puerto Príncipe sale verdad, tendremos armas, municiones, dinero, marina, etc”.²⁴

Mientras tanto, en Haití luchaban contra Salnave varios cientos de dominicanos que ayudaban a Saget; ayuda que ningún historiador haitiano ha mencionado en sus obras: Jean Price-Mars, Jean Dorsainvil, Dantes Bellegarde, etc. Estos combatientes internacionalistas comenzaron a destacarse en agosto, septiembre y noviembre de 1868. El mismo Luperón combatió en Jacmel, a comienzos de julio, al lado de Adón, Valverde, Ogando, etc., quienes habían sido acogidos por los generales haitianos Héctor y Louis Tanis, lugarteniente de Saget. José Gabriel García señala que “por estar la plaza sitiada por los salnavistas, viéronse obligados a contribuir a la defensa de ella”.²⁵ Y Luperón anunció, el 13 de agosto, a Félix Tampier, del Comité Dominicano de Saint-Thomas, que: “(...) nuestros paisanos se han batido como debía esperarse de ellos”.²⁶

Durante los meses de octubre y noviembre de 1868, Saget aumentó la ayuda y el apoyo que brindaba Haití a los luchadores antianexionistas. El 14 de octubre, desde San Marcos, el general Severo Gómez comunicó a Luperón que había llegado con los dominicanos que le acompañaban para reunirse en Las Caobas con el general Ogando y que el presidente Nissage los había recibido muy bien, suministrándoles cuanto necesitaban.

El mismo día, Luperón participó a los generales Timoteo Ogando y José Cabrera, Jefes de Operaciones de las Líneas del Sur y del Norte, que había escrito a Saget y Lynch para que hicieran cuanto pudieran para auxiliar la revolución²⁷. En la comunicación a Saget y Lynch recalcó la amenaza que representaban Báez y Salnave, a quienes había que derrocar a un mismo tiempo; “porque con esos dos hombres que se han aliado para combatirnos, ni los dominicanos, ni los haitianos, podemos disfrutar la libertad, ni ver asegurada la independencia nacional contra las acechanzas del extranjeros”.²⁸



Mientras, en los Estados Unidos, el presidente Andrew Johnson envió, el 9 de diciembre de 1868, su mensaje anual al Congreso. En el mismo anunció los avances en las negociaciones para lograr la anexión de la República Dominicana y de Haití y que se sentía satisfecho porque “la proposición de anexión de las dos repúblicas de la Isla de Santo Domingo, no solamente daría satisfacción a todas las demás naciones extranjeras”.²⁹

Con ese mensaje se ensombreció el futuro de la Isla de Santo Domingo y las perspectivas del año 1869 lucieron más tenebrosas que nunca. Por ello mismo, tanto Saget como Luperón se propusieron estrechar más aún los lazos fraternales que unían a los combatientes antianexionistas y asistirse mutuamente con todos los aspectos de la lucha nacionalista y antianexionista. José Gabriel García, testigo a distancia y, en algunos momentos, participante en la Guerra de los Seis Años, destacó en su obra histórica que, al finalizar el 1868: “Las armas, el dinero, las influencias, todo llegó a ser común entre unos y otros, y la zona fronteriza que en un tiempo sirvió de teatro a la guerra entre las dos naciones, servía de campo a la lucha apasionada sostenida por los dos partidos políticos en que estaban divididas”.³⁰

En enero y febrero de 1869 Saget incrementó su ayuda a Luperón y los dominicanos que combatían en Haití se aprestaron para realizar incursiones contra Báez por el Norte y Sur. Montecatini, el gran amigo de Luperón, le informó, el 16 de enero, que habían logrado una victoria decisiva frente a los “piquetes” de Salnave y que “el 4 o el 5 del mes próximo penetraré en la parte dominicana, a fin de acelerar la revolución”.³¹

Los días 6 y 10 de febrero dos misivas le fueron despachadas a Luperón desde Jacmel. En la del 6, Montecatini le participó que se había puesto en marcha “con todas las municiones (...) y fusiles que me ha suministrado el bizarro General L. Tanis”.³² En la del 10, Tomás Bobadilla hijo, quien combatía junto a “los jacomelianos” y se distinguía luchando con honor y valentía, le confirmó que Montecatini había salido hacia el Sur a unirse con Ogando y Adón, llevando 12 cajas de municiones y 30 rifles de repuesto.³³



En esos mismos días de febrero, gestionó en Haití un vapor para bloquear a Báez y “capturar al ex Mariscal”. El general Riviere fue a Saint-Thomas y le ofreció el buque “Artibonit”, que estaba siendo reparado en Saint-Thomas. Puesto que deseaba aprovechar las incursiones que se hacían por las fronteras del Noroeste y del Sur y las reparaciones del “Artibonit” tardarían un par de meses, Luperón desistió de ofrecimiento haitiano y resolvió adquirir el “Telégrafo”, buque que se hizo famoso en los anales históricos dominicanos y del Caribe; fue comprado en Saint-Thomas a nombre de Félix Tampier, cónsul haitiano en dicha isla.

Ramón Emeterio Betances, el antillanista y gran amigo del pueblo dominicano, decidió, incóscultamente, apoyar plenamente los planes de Luperón, por lo que sería duramente criticado posteriormente ya que “Le entregó 50.000 pesos del dinero que guardaba en su poder y que destinaba a la revolución puertorriqueña”.³⁴

El 24 de febrero de 1869, el “Telégrafo” fondeó en San Marcos y Luperón escribió al presidente provisional Nissage Saget informándosele. El 4 de marzo, el mandatario haitiano le respondió poniendo “(...) a su servicio, como al de todos los partidos de la Isla en armas para la defensa de nuestros derechos más sagrados, todo lo que permite el estado precario de nuestras fuentes de recursos. Ud. no encontrará el oro para los aprovisionamientos de que Ud. me habla en su indicada carta, pero a lo menos los medios de hacerlo. Yo daré órdenes para que ellos sean provistos a su necesidad. (...) y me sentiré muy dichoso si, según los sentimientos de mi corazón, logro asistirle y ver el país desembarazado de Báez y de un lado y de Salnave del otro”.³⁵

A pesar de las precariedades señaladas por Saget, secuela natural de la larga y destructora guerra contra Salnave, el gobierno haitiano aportó a Luperón, en lo inmediato, 300 carabinas, municiones, pertrechos de guerra y algún dinero. Además, Saget se comprometió a pagar y pagó, con parte de la cosecha de café de ese año, el costo del armamento del “Telégrafo” consistente en un cañón grande, 2 piezas de artillería de menor calibre, 100 balas, 200 fusiles, 150.000 cápsulas, 5. 000 fulminantes, 40 toneladas de carbón, 25 quintales de pólvora, dos



cañones de a cuatro y 50 resmas de papel ³⁶. Todo este cargamento representaba solamente la mitad del adquirido por el prócer, quien, ante los apuros y necesidades de Saget, le cedió la mitad al Gobierno de Haití, “que carecía de armamentos y pertrechos”. ³⁷

Mientras realizaba los preparativos para su peripecia marítima, Nissage Saget y Ramón Emeterio Betances mediaron para que Luperón y Cabral se reconciliaran, ya que mantenían una permanente discordia por el personalismo del primero y la conducta ambivalente y el egoísmo del segundo. El 17 de abril de 1869, a bordo del “Telégrafo”, bautizado con el nuevo nombre de “Restauración”, bajo los auspicios de Saget y de Betances y ante la presencia el pleno del gabinete haitiano, Luperón, Cabral, Pimentel, Lilís, Marcos Adón, Timoteo y Benito Ogando, Rodríguez Objío, Pablo Mamá y otros doscientos dominicanos más, firmaron el famoso Pacto o Convenio de San Marcos. Este documento planteó la unidad de los exiliados para luchar, con el apoyo de Haití, en defensa de las soberanías dominicana y haitiana. Luperón combatía por el Norte, la Línea Noroeste y el Cibao, y Cabral por el Sur. Contenía, además, un pequeño programa unitario de gobierno para ser implantado una vez derrocado Báez ³⁸. Desgraciadamente, este Convenio no llegó a ejecutarse, por causas que no es del caso comentar en este momento, pero, fundamentalmente, por el comportamiento de Cabral.

Antes de zarpar en el viaje alrededor de la isla, desde San Marcos, el 29 de mayo, Luperón se despidió del presidente Saget con una misiva de gran calidad humana: “Una circunstancia imprevista me arrastró a San Marcos en el vapor que mandaba. Vuestra franca, leal y simpática acogida, ha hecho desbordar en mí el instinto de la fraternidad hacia el pueblo haitiano, y me ha constituido deudor hacia vuestro Gobierno de una inmensa gratitud. Mi involuntaria estada en esta rada, luchando con infinitas contrariedades, me ha dado lugar a estimar vuestros nobles esfuerzos por ayudarme a vencerlas y ellas han sido vencidas por fin por vuestro decidido concurso. ¿Que podré yo hacer para retribuir tantos servicios? Nada, nada más que ofreceros *desvelarme por hacer efectivas la paz, la amistad y la más cordial fraternidad entre los dos pueblos que habitan la isla*. Los hombres son guiados en



su carrera por los acontecimientos, y éstos me condujeron a San Marcos para dar derechos a la República Haitiana de inscribir en los fastos de su historia, una página tan brillante como la que suscribió Pétion secundando los planes gigantes del genio de Colombia. La posteridad, Presidente Nissage, repetirá en alta voz vuestra magnanimidad”³⁹. Con tan hermosas palabras Luperón igualó a Saget, por la ayuda prestada al pueblo dominicano en su lucha por la soberanía nacional, con la que le prestó Alexandre Pétion, en más de una ocasión, a Simón Bolívar para que sembrara la América del Sur de repúblicas independientes.

El mismo día el “Restauración”, con bandera haitiana, levó anclas e inició el periplo de la isla que convirtió a Luperón en noticia internacional al ser declarado pirata y perseguido por la flota yanqui. Aunque no trataré ese tema, tengo que referirme, someramente, a la toma de la población de Samaná porque allí, el 7 de junio, Luperón estableció una Junta de Gobierno bajo su presidencia. Al día siguiente, el general Julián Belisario Curiel, secretario de Hacienda y Comercio y encargado de la Comisión de Relaciones Exteriores dirigió una comunicación al Ministro de Relaciones Exteriores de Haití reseñando las operaciones del vapor hasta ese día. En la parte final de la misma Curiel expresó: “Desea mi Gobierno que al mismo tiempo manifieste a V.E. que jamás olvidará el importante servicio y el insigne honor que ha recibido del ilustrado y liberal Gobierno de Haití, ya por los eficaces servicios que le ha rendido y sigue rindiendo a la Revolución, ya por la confianza que ha tenido permitiendo que el vapor “Restauración saliese con bandera haitiana”⁴⁰.

Luego del fracaso militar del “Restauración” y estando Luperón en Inagua, el 10 de julio, el comandante Owen, de la marina de guerra de los Estados Unidos, recibió instrucciones de apoyar al gobierno de Báez contra los ataques de los revolucionarios. Tres días después, el capitán Brunce, comandante del crucero “Nantuket”, fondeó en Jacmel e informó a las autoridades haitianas que cualquier Acto hostil contra la República Dominicana de parte del gobierno de Haití, sería considerado como una actitud inamistosa contra el gobierno de los Estados Unidos.⁴¹



Ante esas graves amenazas Saget pudo comenzar a amedrentarse y a considerar que se estaba metiendo en verdaderas honduras con su abierto apoyo a los antianexionistas dominicanos. Sin embargo, por el momento no vaciló y continuó dándoles la mano, aunque un poco más veladamente, y, aunque recibió una carta de Luperón -fecha en Inagua el 14 de julio- en la que le manifestó haber resuelto retirarse de la lucha porque “su presencia era motivo de embarazo para la revolución dominicana”⁴², al finalizar el año, el 30 de diciembre, Félix Tampier, cónsul haitiano en Saint-Thomas, le avisó que Saget había triunfado completamente, que Salnave se retiró derrotado y que “el Gobierno Haitiano se ocupará seriamente de la cuestión de Santo Domingo”⁴³. El mismo día, Casimiro Nemesio de Moya informó a Luperón que el señor Delmais, acérrimo enemigo de toda dominación extranjera, le había dicho que una vez él estuviera en Haití o en territorio dominicano, el presidente Saget le continuaría ayudando y le proporcionaría grandes recursos.⁴⁴

En los primeros días del nuevo año de 1870 Luperón vio ampliadas sus esperanzas de evitar la anexión o venta de la Bahía de Samaná y derrocar a Báez, particularmente porque Casimiro de Moya, el Dr. Betances y el propio Saget le transmitieron alentadoras noticias. No podía sospechar que 60 días después, a inicios de marzo, comenzarían a resquebrarse las estrechas y fraternales relaciones que había mantenido con el mandatario haitiano. En efecto, a mediados de mes, Moya le ratificó la decisión del gobierno haitiano de ofrecerle “*toda clase de protección, bajo reserva, por temor a los yankees, (...) para que se embarque -en la goleta “Concepción” enviada para esos fines-, y pase al Cabo Haitiano del modo que mejor le aconseje su buen criterio*”.⁴⁵

El día 21 del mismo mes, el Dr. Betances, resuelto a evitar, por todos los medios, que los yanquis se quedaran en Samaná después de haber desembarcado en la península, le advirtió que había que frustrar el proyecto de Báez retardando las negociaciones que éste sostenía con Washington porque de llegar a realizarse, “sería la condenación de nuestra raza y una completa destrucción. Haití de socorrer activa y fuertemente a los dominicanos, o



condenarse a perecer en el mismo abismo”⁴⁶. La clarividente demanda de Betances, de la que tuvo conocimiento Saget, impulsó al presidente haitiano a escribirle al prócer, “llamándolo a Port-au-Prince, donde su presencia era indispensable para dar un nuevo impulso a la revolución”.⁴⁷

Al saber Hamilton Fish, secretario de Estado de los Estados Unidos, que Luperón proyectaba viajar hacia Haití y conoedor, por las constantes informaciones del canciller dominicano Manuel María Gautier, que el Cibao estaba amenazado por “los cacós dominicanos y haitianos”⁴⁸, instruyó al ministro en Haití, E.D. Bassett, “notificar al Gobierno de Haití que él se vería compelido a cesar todas las relaciones diplomáticas en caso de que las tropas haitianas no fueran inmediatamente retiradas del territorio dominicano”.⁴⁹

Las amenazas yankis no quedaban ahí sino que fueron subiendo de tono ante la inminente llegada de Luperón a territorio haitiano y las demandas de ayuda del temeroso Báez al gobierno de Grant. El 9 de febrero, una escuadra de 7 buques de guerra de la flota del Atlántico Norte de los Estados Unidos llegó a las aguas territoriales haitianas y dominicanas. El ministro Bassett se las arregló para que su comandante, el contralmirante Poor, visitara el mismo día a los integrantes del gabinete del gobierno provisional de Haití. En la reunión que sostuvieron éste les “dijo, muy tajantemente, que los Estados Unidos no tolerarían ningún tipo de interferencia en sus planes con al República Dominicana”.⁵⁰

Al día siguiente, 10 de febrero, el contralmirante Poor, desde el crucero “Severn” y con “el apoyo moral de sus cañones” y los del monitor “Dictador” envió al presidente Grant, una nota en la que le participó que los gobiernos de los Estados Unidos y el Dominicano estaban llevando a cabo negociaciones y que él había “determinado impedir, con todo su poder, cualquier interferencia de parte de los haitianos o de cualquier otro país con el gobierno dominicano. Por lo tanto, cualquier intromisión o ataque realizado por buques de bandera haitiana o de cualquier otra contra el gobierno dominicano durante el curso de esas negociaciones, será considerado como un acto de



hostilidad a la bandera de los Estados Unidos y provocará hostilidad en represalia”.⁵¹

Estas últimas amenazas de ejecución de vías de hecho, sin lugar a dudas, atemorizaron a Saget y a los miembros de su gabinete, por lo que el ministro de Relaciones Exteriores, Octavious Rameau, debió comenzar a buscar la manera de deshacerse del restaurador. Para ello, es muy posible que se montara la escena que tuvo lugar ocho días después, el 8 de febrero, una vez el prócer arribó a Puerto Príncipe. Esta es una hipótesis porque resulta inexplicable lo ocurrido en presencia de Saget, hasta ese momento consecuente defensor de la lucha unida por la soberanía de toda la Isla de Santo Domingo contra las apetencias yankis, partidarios decidido del antillanismo y su fraterno protector.

Me he adelantado a los acontecimientos y debo, por tanto, volver atrás. Desde el momento en que Luperón recibió la llamada de Saget para trasladarse con urgencia a Puerto Príncipe, dejó de cavilar y sin pérdida de tiempo embarcó para Cabo Haitiano en su goleta “Concepción”, ciudad a la que llegó el 12 de febrero. Al otro día, el 13, el crucero yanqui “Severn” entró al puerto y el contralmirante Poor, creyendo que éste estaba a bordo de su velero, lo hizo requizar por infantes de marina para detenerlo. Mientras tanto, en tierra, protegido por su amigo el general Alexis Nord, escribió a Saget participándole que “impulsado sólo por el amor a la Libertad, y por la voz del deber, *vengo dispuesto a combatir la tiranía de Báez, la felonía de su Gobierno, y a defender la Independencia e integridad territorial dominicana como la de la Isla entera*”. Concluyó su misiva preguntándole si su presencia en territorio haitiano era perjudicial a los intereses de su gobierno “y si podía o no contar, como otras tantas veces, con la eficaz protección de Haití para llevar a cabo sus santos propósitos”.⁵²

Posiblemente el 15 ó 16 de febrero el prócer se trasladó a Puerto Príncipe, porque el 18 se entrevistó con Pimentel. Días más tarde, el presidente Saget lo recibió ante su Consejo de Ministros y delegados de los generales Cabral y Pimentel, y, al preguntarle por su planes, Luperón respondió que para ayudar a los dominicanos debía “facilitar un empréstito a la revolución: se aplicaría la mitad



a las operaciones del Sur y la otra mitad a las operaciones del Norte, sin dar oídos a intrigas aviesas que sólo servirían para sostener a Báez en el poder”. Añadió que, para evitar que Báez continuara acusando a los antianexionistas de estar negociando con Haití una parte del territorio dominicano, el gobierno haitiano debía declarar a los representantes diplomáticos que “tan pronto la República Dominicana se dotara de otro gobierno digno de la confianza nacional, la nación haitiana estaba dispuesta a celebrar un tratado de paz, comercio y de común seguridad, y que, desde luego, reconocería la independencia de la República Dominicana”.⁵³

Relata Luperón que sus palabras provocaron la cólera del canciller haitiano, Octavious Rameau, quien insultó a los dominicanos y afirmó que Haití nunca reconocería a “un pueblo que vendía su independencia y territorio por dos millones de pesos; que lo único que él aconsejaría al gobierno haitiano sería dar dos millones y medio y tratar al pueblo dominicano como pueblo innoble, indigno e incapaz de gobernarse”.⁵⁴

El prócer, sorprendido, recogió el guante y con indignación respondió al canciller señalándole que su falta de visión haría parecer la nacionalidad de las dos repúblicas, “dignas de ser gobernadas por hombres más capaces”; que Haití tenía un Salnave que intentó anexionar su país y vender la Mole de San Nicolás; “que si en la República Dominicana había antianexionistas, era porque aquí hubo un Toessaint y un Dessalines”. Agregó que después de ese incidente “ningún acuerdo fue posible entre él y el Gobierno Haitiano”.⁵⁵

Este incidente, punto de partida del enfriamiento de las amistosas relaciones entre Luperón y Saget, no me parece que fuera exclusivamente el resultado de la acalorada discusión con el canciller haitiano. Ello así, porque es inconcebible que Rameau pronunciara palabras ofensivas contra el pueblo dominicano en presencia de Saget sin que éste interviniera para calmar los ánimos de su ministro de Relaciones Exteriores. Es inadmisibles que Saget, hombre ecuánime, culto, consecuente defensor de la lucha unida en defensa de la independencia y soberanía de ambos pueblos, “insularista”, antillanista, antiyanki y amigo entrañable de Luperón, permitiera, imperturbable, los exabruptos de



Rameau, y, lo que es peor aún, iniciara el rompimiento de sus relaciones con él. ¿Cómo explicarse la actitud de Rameau y Saget en momentos en que Grant se aprestaba a presentar ante el Senado de los Estados Unidos el proyecto de anexión de la República Dominicana; proyecto que constituía una auténtica amenaza contra la independencia y soberanía haitianas?

Esta discusión no fue resultado de una disputa personal entre dos hombres desaforados. Tampoco fue, como señala Jimenes Grullón, un “choque entre dos posturas ideológicas”: la del anti-dominicanismo de la clase dominante haitiana y la del antillanismo luperoniano que perseguía la unidad contra el expansionismo yanqui⁵⁶. A mi entender, más que una “postura ideológica anti-dominicanista” la actitud haitiana obedeció a una postura biológica: el terror que dominaba al gabinete haitiano, con Saget a la cabeza, por las crecientes amenazas de Grant y Hamilton Fish y la presencia de una escuadra naval yanqui en las aguas territoriales y puertos haitianos. Esto no debe entenderse, naturalmente, como una manifestación mía antihaitiana; todo lo contrario, pienso que es el resultado de un análisis sereno de la actitud de Saget a partir del 2 de febrero; fecha en la que Hamilton Fish inició el “bombardeo de ablandamiento” con sus notas diplomáticas al gobierno de Haití. Opino, como Casimiro de Moya en su comunicación del 14 de enero, que el gobierno haitiano ofreció a Luperón “toda clase de protección, bajo reserva, temor a los yankees”.⁵⁷

Ese “temor a los yankees” fue el determinante de la actitud del gabinete haitiano que, después de enviar a buscarlo para ofrecerle protección, ante el posible enfrentamiento con la flota yanqui que amenazó realizar actos bélicos en represalia si Báez era agredido, no encontró otra manera de deshacerse del restaurador sino mediante el provocador acto teatral del canciller Rameau.

El propio prócer, en carta a José Gabriel García, fechada en Cabo Haitiano tres semanas después, el 8 de marzo de 1870, indicó con honesta claridad la causa que motivó la actitud del gobierno de Saget. Dijo: “La política haitiana para con los dominicanos, según mi penetración, es siempre la misma. No quisieran ver la anexión americana y no admiten el enajenamiento de Samaná,



tienen mucha simpatía por los dominicanos, pero le tienen miedo a los yankees, y según parece no tienen la intención de comprometerse”.⁵⁸

La situación entre Luperón y el gobierno haitiano se agravó a consecuencia de la entrega que hizo Cabral al presidente Saget del derrotado Salnave -apreso en territorio dominicano por Neyba- a cambio de una recompensa de 5.000 pesos fuertes. Esta entrega o “venta”, según expresión del prócer, y el inmediato fusilamiento de Salnave y sus infortunados compañeros, provocó tal indignación en Luperón que le impulsó a publicar una airada protesta; que produjo tres efectos inmediatos: 1) el congelamiento de las ya frías relaciones con Saget; 2) la suspensión de la ayuda del gobierno haitiano y 3) su definitiva enemistad con Cabral.

Durante los meses de marzo, abril, mayo y junio, Luperón escribió 12 cartas relacionadas con la captura y entrega de Salnave por Cabral a los siguientes destinatarios: 4 a José Gabriel García; 2 al Dr. Betances; 2 a Manuel Rodríguez Objío; 1 a Pedro Dubocq; 1 a Carlos Tampier; 1 a Casimiro N. de Moya; y 1 a Jacobo Pereyra. En ellas defendió con vigor su protesta; sostuvo que “Cabral pudo fusilar a Salnave y no venderle por 5.000 pesos”⁵⁹; que ese vergonzoso hecho creó un abismo entre los dos países que iría tomando la forma de crimen nacional⁶⁰; que no se retractaría nunca de su protesta⁶¹; que la protesta había sido oportuna porque de nada serviría después que el gobierno de Saget terminara su misión⁶²; que sus amigos le abandonaban, con lo que aceptaban la mancha lanzada por Cabral sobre la revolución⁶³; que era hoy y no mañana cuando su protesta tenía el carácter de justicia, imparcialidad, desprendimiento y honradez que la hacía útil en el porvenir⁶⁴; que la calumnia se había enconado contra él, pero que no quería tener responsabilidad en un crimen político⁶⁵; etc.

La situación de Luperón en Haití fue empeorando cada vez más a partir de esta protesta. Su epistolario evidencia un creciente patetismo, en la medida que pasaban los días y el gobierno haitiano, indiferente, guardaba estrecho silencio a sus requerimientos. El 10 de marzo confesó al Dr. Betances: *“Estoy aún esperando las contestaciones del Presidente Nissage, (...) me voy desesperando (...)*



nuestra causa en general, es mal comprendida por los hombres que representan este Estado".⁶⁶

El 14 escribió a Saget ratificándole que hacía un mes que estaba en Cabo Haitiano y que todavía no había recibido contestación a su carta del 13 de febrero ⁶⁷; el 14 el Dr. Betances respondió su misiva del 10 y le informó que había visto al general Lamothe, jefe del Ejército, y a Rameau, ministro de Relaciones Exteriores, y que le había parecido "que tenían poca fe en la Revolución Dominicana" ⁶⁸; el 15 informó al Dr. Betances no haber recibido aún contestación de Puerto Príncipe y " que parece que las prevenciones suscitadas allí contra mi persona son graves".⁶⁹

El 20 de marzo, al enterarse que en el Cibao se había iniciado un movimiento armado contra Báez, anunció a Saget el hecho y que, por hacerse indispensable su presencia en esa zona, pensaba abandonar Cabo Haitiano en los próximos dos días.⁷⁰ Desde este momento, Luperón no volvió a escribirle más durante el año 1870. El día 23 abandonó la ciudad de Cabo Haitiano, cruzó la frontera por Juana Méndez, llegó al Cibao y a Puerto Plata, donde se incorporó al movimiento revolucionario. Al ser este aplastado por Báez, de nuevo se exilió en las Islas Turcas. Desde allí, el 16 de junio, se quejó por el silencio haitiano, diciéndole a Casimiro de Moya: "Por lo que dice el Gobierno actual de Haití, sus hostilidades fueron abiertas contra mí de antemano, y la prueba es que durante mi larga estadía en el Cabo, le oficié tres veces sin obtener la menor contestación, ni siquiera por cortesía".⁷¹

Todavía Luperón no había comprendido las causas de la actitud del gobierno haitiano, aunque sí comenzó a reconocer que Saget fue quien inició las "hostilidades" desde antes de la discusión con el ministro de Relaciones Exteriores, lo que viene a confirmar mi aseveración de que todo el incidente fue preparado de antemano por el miedo a las amenazas yanquis y agravado con su protesta por la entrega y ejecución de Salnave. Fue muy posteriormente, al redactar las *Notas Autobiográficas*, cuando admitió que después de su protesta por la "venta de Salnave" "*el Gobierno Haitiano, ofendido, retiró la promesa que le había hecho de prestarle su cooperación para luchar contra Báez y tuve que regresar a Turks Islands*".⁷²



Podría inferirse que después de tantos desplantes del gobierno de Haití, Luperón no volvería a pisar su territorio, por los menos mientras Saget se mantuviera en la presidencia. Sin embargo, ante la llegada a Samaná, el 24 de enero de 1871, de la Comisión Investigadora del Congreso de los Estados Unidos, marchó a Cabo Haitiano para preparar una nueva campaña contra Báez. Desde allí, con la protección del general Nord Alexis, comandante militar del Departamento Norte de Haití, lleno de esperanzas, el 10 de febrero anunció a José Gabriel García que “el horizonte se despejaba y que al día siguiente saldría de la ciudad para iniciar la campaña del Norte”.⁷³

Esta campaña, violenta, sangrienta y con muchos altibajos, duró hasta mediados de septiembre cuando estando Luperón enfermo y con sus fuerzas diezmadas, se retiró a Cabo Haitiano el 23 de septiembre. Cinco días después, desde Saint-Thomas, anunció a José Gabriel García haberse alejado de la revolución porque “*El Gobierno Haitiano suspendió los recursos a mi Línea, y obligado estuve a suspender también mis operaciones. La política actual que sigue Haití, pareceme poco en armonía con la independencia de nuestra patria*”.⁷⁴

Otra vez -y no sería la última- Nissage Saget dejó suspendido en el aire a Luperón y evidenció la inconsistencia de su política hacia los dominicanos que luchaban contra Báez defendiendo la soberanía dominicana y haitiana. Casi un año más tarde, en junio de 1872, Saget llamó a Luperón para ofrecerle nueva ayuda militar y éste viajó a Puerto Príncipe. La proyectada ayuda no se materializó y una nueva disposición se acumuló en su ánimo.

En julio de 1871 el Senado de los Estados Unidos rechazó el Tratado de Anexión de la República Dominicana y Báez, en enero de 1873, sometió al Congreso un contrato de arrendamiento de la Bahía de Samaná a la “Samaná Bay Company of Santo Domingo” por un período de 99 años y por 150,000 dólares anuales. Si Saget había considerado que el frustrado proyecto anexionista constituía una amenaza a la independencia de Haití el arrendamiento de la bahía de Samaná igualmente atentaba contra la misma. Natural fue, pues, que recurriera otra vez a Luperón que se encontraba en Curazao. Allí llegó, el 10 de junio de 1873,



“un Comisionado del Presidente Nissage a Buscarlo con urgencia, ofreciéndole todos los recursos necesario para la revolución”.⁷⁵

De inmediato viajó a Los Cayos y de esa ciudad fue a Puerto Príncipe “donde el Gobierno y sus amigos lo esperaban, y le hicieron un recibimiento liberal y patriótico”. Desde allí, el 17 de junio, escribió a José Gabriel García relatándole su situación con el gobierno haitiano y el presidente Saget. Descorazonado, deprimido, dijo a su amigo: “Creí haber conseguido cuanto necesito en el Gobierno Haitiano. (...) En mis primeros pasos fui feliz, nada de lo que pedí se me negó, todo me fue formal y oficialmente ofrecido. (...) Y cuando creí que ningún estorbo pudiera presentármeme para empezar mis operaciones, sucede que se me retira lo concedido”.⁷⁶

Ante es ta nueva falta de seriedad del gobierno haitiano, Luperón se destapó con una serie de graves juicios contra Saget, a quien atribuyó una “ política tortuosa” y dejarse influenciar por las intrigas de Cabral. Señaló que en Haití todavía había partidarios de la tesis geopolítica de la unidad e indivisibilidad de la Isla de Santo Domingo y que su objetivo era ver a su país “libre de toda tiranía y de toda opresión extranjera y extendiendo su dominación en los límites a que la República tiene derecho (...) De ahí que no sea bien aceptado por esta gente”.⁷⁷

Desencantado y con sentimientos nada cordiales hacia Saget y su gabinete, marchó a Cabo Haitiano, ciudad en la que -otra vez con la ayuda de Alexis Nord- reunió un buen número de su seguidores, cruzó con ellos por Juana Méndez y entró a Dajabón, donde estableció su cuartel general y constituyó un gobierno provisorio, bajo su presidencia, integrado, además, por Pimentel, Polanco, Wenceslao Alvarez y Juan Isidro Jiménez.⁷⁸

En noviembre de ese año 1873 estalló en Puerto Plata el movimiento del “verde” González que incendió todo el Cibao y provocó la caída de Báez. Concluyó el funesto Régimen de los Seis Años y con su desaparición también se eclipsaron en Luperón, momentáneamente, sus ardientes sentimientos de unidad domínico-haitiana de fines de la década de 1860 e inicios de la de 1870.

El circunstancial desprendimiento de Saget hacia los dominicanos y el de Luperón hacia los haitianos no ha sido



estudiado con imparcialidad por los historiadores de la isla particularmente por Price-Mars, quien solamente mira la lucha de los pueblos dominicano y haitiano contra Báez y Salnave desde una perspectiva haitiana; es decir, ignorando el aporte de Luperón, Cabral, Pina, Ogando, Bobadilla hijo, Rodríguez Objío y de cientos de dominicanos que arriesgaron y/o perdieron sus vidas y bienes defendiendo la soberanía haitiana en lucha contra Salnave. En el tomo III de su polémica obra, ignorando la lucha del pueblo dominicano y, particularmente, la de Luperón y sus seguidores, Price-Mars atribuye únicamente a Saget el fracaso de la política anexionista de Báez al aseverar que el presidente haitiano “salvó la independencia dominicana y la nuestra del más grande peligro a que hubiesen estado sometidas”.⁷⁹

Los historiadores haitianos han sido injustos con Luperón, quien no solamente combatió personalmente en Jacmel y Los Cayos, sino que prestó importantes servicios a los antianexionistas haitianos encabezados por Saget conduciendo armamentos, pertrechos y alimentos a diversos lugares del Sur y Oeste de Haití en su goleta “Concepción”. En más de tres ocasiones, cuando Jacmel sufrió las penurias del sitio de los “piquetes” de Salnave, Luperón, desde Saint-Thomas, Islas Turcas y Santiago de Cuba, envió su velero cargado con alimentos para aliviar en hambre y las necesidades de sus pobladores; comestibles que siempre fueron costeados por él y por los que nunca pasó recibo al gobierno de Nissag Saget.

A pesar de los desengaños que Luperón tuvo con Saget, siempre fue consecuente con el pueblo de Haití y en todo momento estableció una marcada diferencia entre las masas haitianas y sus gobernantes. Durante su gobierno provisional (diciembre de 1879 a septiembre de 1880) se regularizaron las relaciones domínico-haitianas e imperó la armonía, al solucionarse las divergencias que habían surgido con la interpretación del Tratado Domínico-Haitiano de 1874.

En 1880 Luperón planteó la necesidad de que existiese una alianza cordial y defensiva domínico-haitiana frente a “la tenaz tendencia invasora de los norteamericanos”; y que no debía permitirse la existencia de prevenciones, con razón o sin ella, que crearan antagonismos radicales entre



los dos países, pues “vendrían sólo en favor de la aviesa política norteamericana, tan amenazante y peligrosa para ambos estados”.⁸⁰

Concluyó su pensamiento “insularista” y antillanista, sugiriendo a los dominicanos y haitianos que para “frenar las pretensiones de los Estados Unidos y sus tendencias a adueñarse de la Isla, era necesario echar a un lado para siempre ideas exageradas, mostrándose prácticamente patriotas sus hijos, como hermanos de una madre común”.⁸¹

En 1885 expresó a José Desiderio Valverde que el presidente haitiano Salomon intentaba utilizar a la República Dominicana para sus proyectos porque “se ha alimentado siempre con la esperanza del imperio y del dominio de toda la Isla (...) De intentarlo se encontraría con obstáculos que no podría vencer (...) porque la guerra no se la haríamos al pueblo haitiano sino al Gobierno del General Salomon”.⁸²

Cuando llegando al ocaso de su vida, en 1893, su antiguo lugarteniente y ahijado, Ulises Heureaux, tiranizaba al pueblo dominicano y, aliado al presidente haitiano Hippolite, negociaba la venta y/o arrendamiento de la Bahía de Samaná al presidente Harrison de los Estados Unidos, el prócer se imaginó revivir sus años mozos de las jornadas contra Báez y Salnave un cuarto de siglo atrás: se lanzó a la manigua para derrocar a Lilís y planteó de nuevo, “la unidad de ambos pueblos, vencidos y hermanos” para derrocar a ambos tiranos.⁸³

Este intento insurreccional contra Lilís fracasó rotundamente por el poderío bélico del tirano y porque las condiciones subjetivas en el pueblo dominicano no estaban aún lo suficientemente a punto como para lograr un levantamiento general en el Cibao, zona en la que tenía influencia el viejo caudillo azul. En abril de dicho año, estando en la rada de Cabo Haitiano a bordo de la barca italiana “Aurelia Re” para ser expulsado del territorio de Haití por Hippolite, le envió una cartaprotesta en la que manifestó su “insularismo” y le hizo saber que había ido a ese país “a dirigir la revolución que exigía la libertad, el progreso y la integridad del suelo patrio, y mañana, como consecuencia legítima y natural, del territorio haitiano”. Concluyó el prócer ésta, su última protesta, ratificando su



antillanismo y su intransigente antimperialismo, denunciando “al águila rapaz de los Estados Unidos que se cernía sobre la Bahía de Samaná”.⁸⁴

Así, carcomido ya por el mal que lo estaba llevando a la tumba, demandó la unidad fraterna de los pueblos dominicano y haitiano para lograr su desarrollo económico, su libertad y poder mantener vigente la independencia y la soberanía de toda la Isla de Santo Domingo, amenazada por los vende-patrias del momento y por el “rapaz” imperialismo de los Estados Unidos.

¡Hermoso ejemplo a imitar, ése de Luperón, de hermandad insular y de lucha contra los entreguistas y enemigos comunes de ayer... que también lo son de hoy...!



NOTAS

- 1 *Examen de la Anexión*, 20 de enero de 1864 y *Situación de Haití*, 24 de enero de 1864. Rodríguez Demorizi, Emilio: *Actos y Doctrinas del Gobierno de la Restauración*. Santo Domingo 1963, págs. 84 y 87.
- 2 *Ibidem*, pág. 93. El subrayado es nuestro.
- 3 Archivo del Ministerio de Asunto Exteriores. Política Dominicana. Madrid. (en lo sucesivo: AMAE, P. Dominicana), 2376, Robles Muñoz, Cristóbal: *Paz en Santo Domingo*, 1854-1865. Madrid, 1987, pág. 179.
- 4 Rodríguez Demorizi: *Actos y Doctrinas...*, págs. 126-127. El subrayado es nuestro.
- 5 Correspondencia Aug. Elie-Salcedo, Espailat, Curiel, Grullón, 8 de julio de 1864. AMAE. P. Dominicana 2376. Robles Muñoz: *Paz en Santo Domingo...*, págs. 181 y nota 56. El subrayado es nuestro.
- 6 Gándara, José de la: *Anexión y guerra de Santo Domingo*. T. II. Madrid, 1884, pág. 386.
- 7 *Ibidem*, pág. 401. El subrayado es nuestro.
- 8 *Ibidem*, pág. 402.
- 9 Gándara-Rivero, ministro de la Guerra, 8 de febrero de 1865 AMAE. P. Dominicana. Robles Muñoz: *Paz en Santo Domingo*, pág. 182, nota 70. El subrayado es nuestro.
- 10 Herrera, César: *Gregorio Luperón: Apología del Héroe*. Discurso pronunciado el 16 de agosto de 1971, ante la estatua del restaurador en la Av. Luperón, de Santo Domingo. "Listín Diario", págs. 1-15, de 17 de agosto de 1971.
- 11 Gándara: *Anexión y Guerra...*, pág. 402.



12 Logan, Rayford W.: *Haití and the Dominican Republic*. London, 1968, pág. 107.

13 Correspondencia Luperón-Geffrard, Puerto Plata, 5 de junio de 1866. Rodríguez Objío, Manuel: *Gregorio Luperón e Historia de la Restauración*. Tomo II. Santiago, 1939, pág. 11.

14 Correspondencia Geffrard-Luperón. Puerto Príncipe, 12 de junio de 1866. *Ibídem*, pág. 15.

15 Nota del secretario de Relaciones Exteriores de Haití al Triunvirato. Puerto Príncipe, 20 de agosto de 1866. *Ibídem*, pág. 17.

16 Correspondencia Luperón-Geffrard. Puerto Plata, 24 de octubre de 1866. *Ibídem*, pág. 22.

17 Correspondencia Luperón-Geffrard. Puerto Plata, 2 de abril de 1867. *Ibídem*, págs. 57-58.

18 Correspondencia Luperón-Lynch, Saget. Kingston, 1 de agosto de 1869. *Ibídem*, pág. 160.

19 *Ibídem*, págs. 152-153.

20 *Ibídem*, págs. 154-155. El subrayado es nuestro.

21 Correspondencia Luperón-Lynch. Jacmel, 18 de julio de 1868. *Ibídem*, págs. 155-156. El subrayado es nuestro.

22 Correspondencia Luperón-Meriño. Kingston, 21 de julio de 1869. *Ibídem*, pág. 160.

23 *Luperón: Protesta ante el Mundo*. Kingston, Jamaica, 5 de agosto de 1868. *Ibídem*, págs. 166. El subrayado es nuestro.

24 Correspondencia Luperón-García. Kingston, 10 de agosto de 1868. Rodríguez Demorizi, Emilio: *Escritos de Luperón*. Santo Domingo, 1941, pág. 16.

25 García, José Gabriel: *Historia Moderna de la República Dominicana*, Santo Domingo, 1906, pág. 171.



26 Correspondencia Gómez-Luperón. San Marcos, 14 de octubre de 1868. Rodríguez Objío: *Gregorio Luperón...*, pág. 205.

27 Correspondencia Luperón-Ogando, Cabrera. Saint-Thomas, 14 de noviembre de 1868. *Ibidem*, pág. 209.

28 Correspondencia Luperón Saget, Lych. Saint-Thomas, 14 de noviembre de 1868. *Ibidem*, pág. 210.

29 Tansill, Charles Callen: *The United States and Santo Domingo, 1798-1873*. Baltimore, 1983, pág. 271. Existe edición en español de la Sociedad Dominicana de Bibliófilos, pero la traducción es tan deficiente e incompleta que he preferido utilizar la versión original en inglés con traducción mía.

30 García: *Historia Moderna...*, pág. 147.

31 Correspondencia Montecatini-Luperón. Jacmel, 16 de enero de 1869. Rodríguez Objío: *Gregorio Luperón...*, pág. 229.

32 Correspondencia Montecatini-Luperón. Jacmel, 10 de febrero de 1869. *Ibidem*, pág. 229.

33 Correspondencia Bobadilla hijo-Luperón. Jacmel, 10 de febrero de 1869. *Ibidem*, págs. 229-230.

34 Ramos Mattei, Andrés A.: *Ramón Emeterio Betances en el Ciclo Revolucionario antillano: después del Grito de Lares y hasta abril de 1869*. "Revista Caribe" Años IV-V, núm. 5-6 San Juan, Puerto Rico, 1983-1984, pág. 63.

35 Correspondencia Saget-Luperón. San Marcos, 4 de marzo de 1869. Rodríguez Objío: *Gregorio Luperón...*, pág. 255.

36 Correspondencia Luperón-Delmonte. San Marcos, 25 de mayo de 1869. *Ibidem*, pág. 253.

37 Luperón, Gregorio: *Notas Autobiográficas y Apuntes Históricos*. Tomos II y III, Segunda Edición. Santiago, 1939, Tomo II, pág. 111.

38 *Ibidem*, págs. 115-120.



39 Correspondencia Luperón-Saget. Marcos, 29 de mayo de 1869. Rodríguez Objío: *Gregorio Luperón...*, pág. 260. El subrayado es nuestro.

40 Circular de Curiel al Ministro de Relaciones Exteriores de la parte N.O. de la República de Haití. Samaná, 8 de julio de 1869. *Ibidem*, págs. 270-274.

41 Tansill: *The United States...*, pág. 393, nota 121.

42 Correspondencia Luperón-Saget. Inagua, 14 de julio de 1869. Rodríguez Objío: *Gregorio Luperón...*, pág. 283.

43 Correspondencia Tampier-Luperón. Saint-Thomas, 30 de diciembre de 1869. *Ibidem*, págs. 311-312.

44 Correspondencia De Moya-Luperón. Saint-Thomas, 30 de diciembre de 1869. *Ibidem*, pág. 312.

45 Correspondencia De Moya-Luperón. Saint-Thomas, 14 de enero de 1870. *Ibidem*, pág. 325. El subrayado es nuestro.

46 Correspondencia Betances-Luperón. Saint-Thomas, 21 de enero de 1869. *Ibidem*, pág. 323.

47 Correspondencia Saget-Luperón. Puerto Príncipe, 8 de enero de 1870. Luperón: *Notas Autobiográficas...*, II, pág. 182.

48 Correspondencia Gautier-Fish. Santo Domingo, 2 de febrero de 1870. *Ibidem*, pág. 152.

49 Tansill: *The United States...*, pág. 393, nota 121.

50 Welles, Summer: *Naboth's Vineyard. The Dominican Republic, 1844-1924*. New York, 1928, vol. I, pág. 383. Existe edición en español de Editorial El Diario, Santiago, 1939. Esta Traducción, al igual que la obra de Tansill, es tan incompleta y deficiente que he preferido utilizar la versión original en inglés, haciendo la traducción. Véase también Tansill: *The United States...*, pág. 393, nota 121.

51 *Ibidem*, págs. 383-384. *Ibidem*.



- 52 Correspondencia Luperón-Saget. Cabo Haitiano, 13 de febrero de 1870. Rodríguez Objío: *Gregorio Luperón...*, pág. 327. El subrayado es nuestro.
- 53 Luperón: *Notas Autobiográficas...*, II, pág. 182.
- 54 *Ibidem*, pág. 183.
- 55 *Ibidem*, págs. 183-184.
- 56 Jimenes Grullón, Juan I.: *Sociología Política Dominicana*. Vol. I (1844-1898). Santo Domingo, 1974, pág. 182.
- 57 Véase nota 45. El subrayado es nuestro.
- 58 Correspondencia Luperón-García. Cabo Haitiano, 8 de marzo de 1870. Rodríguez Demorizi: *Escritos de Luperón*, pág. 33. El subrayado es nuestro.
- 59 Correspondencia Luperón-Rodríguez Objío. Grand Turk, 16 de mayo de 1870. Rodríguez Objío: *Gregorio Luperón...*, pág. 348.
- 60 Correspondencia Luperón-García. Grand Turk, 16 de mayo de 1870. Rodríguez Demorizi: *Escritos de Luperón...*, pág. 35.
- 61 Correspondencia Luperón-Betances. Grand Turk, 16 de junio de 1870. Rodríguez Objío: *Gregorio Luperón...*, pág. 349.
- 62 Correspondencia Luperón-Dubocq. Grand Turk, 16 de junio de 1870. *Ibidem*, pág. 350.
- 63 Correspondencia Luperón-Tampier. Grand Turk, 16 de junio de 1870. *Ibidem*, pág. 353.
- 64 Correspondencia Luperón-de Moya. Grand Turk, 16 de junio de 1870. *Ibidem*, pág. 325.
- 65 Correspondencia Luperón-Pereyra. Grand Turk, 16 de junio de 1870. *Ibidem*, pág. 325.
- 66 Correspondencia Luperón-Betances. Cabo Haitiano, 10 de marzo de 1870. *Ibidem*, págs. 335-336. El subrayado es nuestro.



67 Correspondencia Luperón-Saget. Cabo Haitiano, 14 de marzo de 1870. *Ibídem*, pág. 337.

68 Correspondencia Betances-Luperón. Puerto Príncipe, 15 de marzo de 1870. *Ibídem*, pág. 339.

69 Correspondencia Luperón-Betances. Cabo Haitiano, 18 de marzo de 1870. *Ibídem*, pág. 341.

70 Correspondencia Luperón-Saget. Cabo Haitiano, 20 de marzo de 1870. *Ibídem*, pág. 341.

71 Correspondencia Luperón-de Moya. Grand Turk, 16 de junio de 1870. *Ibídem*, pág. 352. El subrayado es nuestro.

72 Luperón: *Notas Autobiográficas...*, II, pág. 156. El subrayado es nuestro.

73 Correspondencia Luperón-García. Cabo Haitiano, 10 de febrero de 1871. Rodríguez Demorizi: *Escritos de Luperón...*, pág. 37.

74 Correspondencia Luperón-García. Saint-Thomas, 28 de septiembre de 1871. *Ibídem*, págs. 38-339.

75 Luperón: *Notas Autobiográficas...*, II, pág. 189.

76 Correspondencia Luperón-García. Puerto Príncipe, 17 de junio de 1873. Rodríguez Demorizi: *Escritos de Luperón...*, pág. 42.

77 *Ibídem*, págs. 42-43.

78 García: *Historia Moderna*, pág. 216.

79 Price-Mars, Jean: *La República de Haití y la República Dominicana*. Madrid, 1953, III, pág. 177.

80 Luperón: *Notas Autobiográficas*, III, pág. 51.

81 *Ibídem*, pág. 52.

82 Correspondencia Luperón-Valverde. Puerto Plata, 3 de enero de 1885. Rodríguez Demorizi: *Escritos de Luperón*, págs. 222-226.

83 Luperón: *Notas Autobiográficas...*, III, págs. 297-298.



84 *Luperón: Carta-Protesta al Presidente de Haití, Cabo Haitiano*,
16 de abril de 1893. *Ibidem*, págs. 319 y ss.

